

cesaron el temor y la obediencia? (A los servidores armados, que entran.) Sois testigos de este horrible asesinato, que se ha cometido aquí... Es inútil pedir auxilio; en vano se perseguirá al asesino. Otros cuidados nos llaman... Vamos, pues, á Kussnacht, y conservemos esa fortaleza al Emperador, porque en este momento se han roto todos los lazos del deber, se infringen todas las reglas promulgadas, y no hay que fiarse de la fidelidad de los hombres. (Al retirarse con los servidores armados, aparecen seis Hermanos de la Caridad.)

HERMENGARDA.—¡Plaza! ¡Plaza! ¡Que llegan los Hermanos de la Caridad!

STUSSI.—¡Ahí está la víctima!... ¡ya bajan los cuervos!

LOS HERMANOS DE LA CARIDAD, (Formando un círculo alrededor del muerto, y cantando con voz sombría.)—Pronto alcanza la muerte al hombre, y no se le concede plazo alguno. Sucumbe en medio de su carrera, y se lo lleva en lo más lozano de su vida. Preparado ó no, ha de comparecer delante de su juez. (Mientras repiten las últimas palabras, cae el telón.)

## ACTO V.

### ESCENA PRIMERA.

La plaza pública de Aitdorf.

En el fondo, y á la derecha, la ciudadela de Uri con sus andamios, como en la escena tercera del acto primero; á la izquierda, la vista de muchas montañas, en cuyas cimas arden hogueras. Comienza el día, y suenan las campanas á diversas distancias.

RUODI, KUONI, WERNI, EL MAESTRO CANTERO y otros muchos habitantes, y mujeres y niños.

RUODI.—¿Veis las señales del fuego en las montañas?

EL MAESTRO CANTERO.—¿Oís las campanas que suenan del lado allá del bosque?

RUODI.—Los enemigos han sido expulsados.

EL MAESTRO.—Las fortalezas cayeron en nuestro poder.

RUODI.—Y nosotros los habitantes de Uri ¿toleraremos aún en nuestro territorio el castillo de los tiranos? ¿Sere- mos los últimos en declararnos libres?

EL MAESTRO.—¿Ha de subsistir el yugo que ha de sujetarnos? ¡Ea, derribadlo!

Todos.—¡Abajo, abajo, abajo!

**RUODI.**—¿En dónde está la trompa de Uri?

**LA TROMPA DE URI.**—Aquí. ¿Qué debo hacer?

**RUODI.**—Subid á lo alto, y tocad vuestro cuerno. Que este sonido se difunda por los montes, y repitiéndose por el eco de las cavernas, convoque cuanto antes á los habitantes de la montaña. (Vase la trompa de Uri. Llega Gualterio Furst.)

**FURST.**—¡Deteneos, amigos, deteneos! Aun no sabemos lo sucedido en Unterwalden y Suiza. Esperemos á los mensajeros.

**RUODI.**—¿A qué esperar? El tirano ha muerto. El día de la libertad ha brillado.

**EL MAESTRO.**—¿No bastan esos fuegos, mensajeros alados, que de todas las montañas nos alumbran?

**RUODI.**—¡Venid todos, venid, vamos todos á la obra, hombres y mujeres! ¡Abajo los andamios! ¡Derribad las murallas! ¡Haced saltar las bóvedas! ¡Que no quede piedra sobre piedra!

**EL MAESTRO.**—¡Venid, compañeros! Nosotros, que lo hemos edificado, sabremos destruirlo.

**TODOS.**—¡Derribémoslo! (Se abalanzan todos á la ciudadela.)

**FURST.**—Esto es hecho; ya no puede contenerlos. (Llegan Melchthal y Baumgarten.)

**MELCHTHAL.**—¿Cómo? ¿Subsiste aún la ciudadela, y Sarne está reducido á cenizas y arruinado Rossberg?

**FURST.**—Sois vosotros, Melchthal? ¿Nos traéis la libertad? ¡Decid! ¿No hay ya enemigos en nuestra patria?

**MELCHTHAL.** (Abrazándolo.)—¡Libre está ya de ellos! ¡Regocijaos, noble anciano! Mientras hablamos, no hay tirano alguno en Suiza.

**FURST.**—Pero contadnos cómo os habéis apoderado de las fortalezas.

**MELCHTHAL.**—Rudenz, con un ataque inopinado y temerario, se hizo dueño del castillo de Sarne. La noche ante-

rior asalté yo á Rossberg... Pero oid lo que sucedió. Después que habíamos expulsado del castillo al enemigo, incendiándolo, y cuando las llamas llegaban soberbias á las nubes, Diethelin, el criado de Gessler, acudió gritando que la de Bruneck parecía entre las llamas.

**FURST.**—¡Santo Dios! (Los andamios caen con estrépito.)

**MELCHTHAL.**—Era ella, ella misma, encerrada secretamente en el castillo por orden del Gobernador... Rudenz se precipita dentro como un insensato... porque oíamos ya el ruido de los pilares y puertas macizas, que se derrumbaban, y entre el humo se distinguían los lamentos... de la infortunada.

**FURST.**—¿Se salvó?

**MELCHTHAL.**—Era preciso obrar con valor y resolución... Si él hubiese sido sólo noble, hubiésemos mirado por nuestra vida; pero era también de la conjuración, y Bertha respetaba al pueblo... Así nos expusimos á la muerte de buen grado, y nos lanzamos en el fuego.

**FURST.**—¿Y se salvó?

**MELCHTHAL.**—Sí: Rudenz y yo la sacamos de entre las llamas, mientras caían con estrépito las vigas... Y cuando se vió en salvo, y sus ojos percibieron la luz del cielo, el Barón se lanzó en mis brazos, y en silencio pronunció un juramento, sellado y confirmado por el fuego, y que resistirá á todos los embates de la suerte.

**FURST.**—¿En dónde está Landenberg?

**MELCHTHAL.**—En Brünig. No depende de mí que vea todavía el que cegó á mi padre. Lo perseguí, lo alcancé, y lo arrastré hasta los pies de mi padre. Ya me preparaba á cortarle la cabeza, cuando imploró la compasión del anciano, que le perdonó la vida. Juró no volver más á este país, y lo hará, porque sabe ya cuánta es nuestra fuerza.

**FURST.**—Os honra no haber manchado con sangre esta patriótica victoria.

UNOS NIÑOS. (Que arrastran á la escena restos del andamiaje.) — ¡Libertad! ¡Libertad! (La trompa de Uri suena con fuerza.)

FURST. — ¡Contemplad esta fiesta! Esos niños, cuando sean ancianos, se acordarán de este día memorable. (Doncellas traen el sombrero en el palo, y el pueblo llena el teatro.)

RUODI. — He aquí el sombrero, al cual nos obligaban saludar.

BAUMGARTEN. — Decidnos lo que hemos de hacer con él.  
FURST. — ¡Dios mío! bajo este sombrero estuvo mi nieto.

MUCHAS VOCES. — ¡Derribad ese monumento de la tiranía! ¡Al fuego con él!

FURST. — ¡No! ¡guardadlo! Destinado á ser instrumento de la tiranía, sea el signo perpetuo de la libertad. (Todos, hombres, mujeres y niños, están de pie ó sentados en los restos de los andamios, y forman un semicírculo pintoresco.)

MELCHTHAL. — Vednos ahora alegres, hollando los restos de la tiranía. ¡Compañeros! Lo que juramos en Rutli, lo cumplimos magoánimamente.

FURST. — La obra se ha comenzado, pero no terminado. Necesitamos aún dar pruebas de valor, y unidos firmemente. Estad seguros de que el Rey no tardará en vengar la muerte de su gobernador, y en traer á la fuerza á quienes hemos expulsado.

MELCHTHAL. — Que venga con todo su ejército. Hemos echado al enemigo doméstico, y rechazaremos al de fuera.

RUODI. — Pocos pasos dan entrada á este país, y los cerrarán nuestros cuerpos.

BAUMGARTEN. — Un lazo eterno nos une, y no nos asustarán sus legiones. (Llegan Rosseimann y Stauffacher.)

ROSSELMANN. (Al entrar.) — ¡Terribles son los juicios de Dios!

LOS LABRADORES. — ¡Qué hay?

ROSSELMANN. — ¡En qué tiempo vivimos!

FURST. — Decidnos lo que sucede. ¡Ah! ¿Sois vos, Sr. Werner? ¿Qué nueva nos traéis?

LOS LABRADORES. — ¡Qué hay?

ROSSELMANN. — ¡Oid, y asombraos!

STAUFFACHER. — Nos vemos libres de un gran peligro.

ROSSELMANN. — ¡El Emperador ha sido asesinado!

FURST. — ¡Santo Dios! (El pueblo se apiña alrededor de Stauffacher.)

TODOS. — ¿Asesinado? ¿Cómo? ¿El Emperador? ¡Escuchad! ¿El Emperador?

MELCHTHAL. — No es posible. ¿Como lo habéis sabido?

STAUFFACHER. — ¡Es cierto! El Emperador Alberto ha sucumbido, junto á Brück, á manos de un asesino. Un hombre veraz, Juan Müller, ha traído la nueva de Schaffhausen.

FURST. — ¿Quién osó cometer tan horrible crimen?

STAUFFACHER. — Es aún más horrendo, en cuanto al criminal, porque fué su sobrino, el hijo de su hermano, Juan de Suabia, el que lo perpetró.

MELCHTHAL. — ¿Y qué motivos lo han inducido á ese asesinato?

STAUFFACHER. — El Emperador retenía su patrimonio, sin hacer caso de sus impacientes ruegos. Hasta se decía que, para acabar de una vez, proyectaba darle la mitra episcopal. Pero sea lo que fuere, el joven dió oídos á los consejos perversos de sus compañeros de armas, y con los señores de Eschenbach, de Tegerfelden, de Wart y de Palm acordó vengarse por su propia mano, no pudiendo obtener justicia.

FURST. — ¡Oh! Referidnos los pormenores de ese delito espantoso.

STAUFFACHER. — Caminaba el Emperador de Stettin á Baden, hacia Rheinfeld, en donde estaba la corte, acompañado de los príncipes Juan y Leopoldo, y de un séquito de nobles señores. Cuando llegaron al Reuss, al punto que se atraviesa en barca, los asesinos entraron en ella en su

compañía para separarlo de su séquito. Después, cuando el Emperador cabalgaba por un campo labrado... cerca de las ruinas de una gran ciudad del tiempo de los gentiles... á la vista de la antigua fortaleza de Augsburgo, cuna de su ilustre raza... el Duque Juan le hirió en el cuello con un puñal, Rodolfo de Palm lo atravesó con su lanza, y Eschenbach le hendió la cabeza, cayendo bañado en sangre, asesinado por los suyos y en medio de ellos. Desde la otra orilla presenciaban el hecho; pero separados por el río, sólo pudieron lamentarlo. Una pobre mujer estaba sentada á la orilla del camino, y en sus brazos espiró el Emperador.

MELCHTHAL.—Así labró él mismo su temprana sepultura, arrastrándolo á ella su insaciable codicia.

STAUFFACHER.—Espanto increíble reina en todo el país. Se han obstruido todos los pasos de las montañas, y cada cantón guarda sus fronteras. Hasta la antigua Zurich ha cerrado sus puertas, abiertas por espacio de treinta años largos, temiendo á los asesinos, y aun más... á los vengadores del asesinato. La Reina de Hungría, la severa Inés, armada con la proscripción, y que desconoce la dulzura de su sexo, por vengar la sangre de su padre, se acerca ya, dispuesta á sacrificar á sus manos la raza entera de los criminales, sus servidores, hijos y nietos, y hasta á no dejar piedra sobre piedra en sus castillos. Ha jurado inmolar generaciones enteras en la tumba de su padre, y bañarse en sangre, como en el rocío de mayo.

MELCHTHAL.—¿Se sabe á dónde han huido los delinquentes?

STAUFFACHER.—En cuanto cometieron su crimen, huyeron en distintas direcciones, separándose unos de otros para no volverse á ver. El Duque Juan ha de vagar por estas montañas.

FURST.—Su asesinato no les será útil para nada. La ven-

ganza no produce fruto alguno. Se alimenta de sí misma: la muerte es su único placer, y su hartura la crueldad.

STAUFFACHER.—Su acción punible no aprovechará á los asesinos; pero nosotros recogeremos con nuestras manos, no manchadas, el fruto bendito de tan horrendo atentado. Nos vemos libres de un gran miedo. Cayó el mayor enemigo de la libertad, y, según se dice, el cetro de los Ausburgos pasará á otra dinastía, porque el Imperio quiere defender sus derechos electorales.

FURST Y OTROS MUCHOS.—¿Habéis oído algo de esto?

STAUFFACHER.—El Conde de Luxemburgo es el designado por más votos.

FURST.—Nos favorece haber sido fieles al Imperio, porque podemos esperar que nos hagan justicia.

STAUFFACHER.—El nuevo Emperador necesita amigos decididos, y nos protegerá contra la venganza de Austria. (Los labradores se abrazan mutuamente.)

EL SACRISTÁN. (Que llega con un mensajero imperial.)—He aquí las dignas autoridades del país.

RÖSSELMANN Y OTROS.—¿Qué hay, sacristán?

EL SACRISTÁN.—Un mensajero imperial, que nos trae este rescripto.

TODOS. (A Furst.)—¡Abridlo y leedlo!

FURST. (Leyendo.)—«A los honrados habitantes de Uri, Suiza y Unterwalden, la Reina Isabel, salud y bienandanza.»

MUCHAS VOCES.—¿Qué quiere la Reina? Su reinado terminó.

FURST. (Leyendo.)—«En medio de su profundo dolor, y de la viudez, en que ha sumido á la Reina el sangriento asesinato de su esposo, se ha acordado del amor y de la constante fidelidad de los suizos.»

MELCHTHAL.—Nunca se acordó cuando era dichosa.

RÖSSELMANN.—¡Silencio! ¡Escuchad!

FURST. (Leyendo).—«Y confía en que este pueblo leal anatematizará con justicia á los nefandos autores del asesinato. Espera, por tanto, de los tres cantones que nunca auxiliarán á los asesinos, antes bien que ayudarán resueltos á entregarlos en manos de sus jueces, en correspondencia al afecto y no interrumpido favor, que siempre les ha dispensado la casa de Rudolf.» (Los asistentes dan señales de descontento.)

MUCHAS VOCES.—¿El afecto y el favor?

STAUFFACHER.—El padre, es verdad, nos ha favorecido; pero ¿ha hecho lo mismo el hijo? ¿Ha confirmado nuestros fueros, como antes hicieron los Emperadores? ¿Ha administrado justicia y protegido al inocente? ¿Ha dado siquiera oídos á nuestros representantes en nuestras cuitas? Nada de esto; y si no hubiéramos reconquistado nuestros derechos por nosotros mismos y por nuestro valor, no se hubiera interesado en nuestra suerte... ¡Agradecerle nada! No ha sembrado gratitud en estos valles. Desde su elevada posición podía haber sido padre de sus pueblos; pero sólo le agradó mirar por los suyos. Los enriquecidos por él, que lo lloren.

FURST.—No nos alegramos de su desventura, ni recordemos ahora los males que sufrimos; ¡Dios nos libre de ello! No obstante, vengar la muerte del Soberano, que no nos hizo bien alguno, y perseguir á quien no nos ha ofendido, ni nos conviene, ni nos honra. La muerte nos desliga de todo deber forzoso... nuestra cuenta con él está saldada.

MELCHTHAL.—Aunque llore la Reina en su aposento, y acuse al cielo en su pena inconsolable, aquí hay un pueblo, que á tanta costa ha logrado su libertad y que rinde á Dios fervientes gracias... Hay que sembrar amor para cosechar lágrimas. (Vase el mensajero.)

STAUFFACHER. (Al pueblo).—¿En dónde está Tell? ¿Él sólo ha de faltarnos, siendo el fundador de nuestra libertad? Lo

más grande es obra suya; sus sufrimientos, los mayores. Vamos, vamos todos á su casa, y á saludarlo todos como á nuestro salvador. (Vanse todos.)

## ESCENA II.

El portal de la casa de Tell.

El fuego arde en el hogar. Las puertas están abiertas.

EDUVIGIS, GUALTERIO Y GUILLERMO.

EDUVIGIS.—Hoy viene vuestro padre, hijos, queridos hijos. Vive, está libre, y nosotros, y todos. Vuestro padre es el libertador de la patria.

GUALTERIO.—Y yo también lo he sido, madre. También me nombrarán á mi. La flecha de mi padre pudo matarme, y yo no temblé.

EDUVIGIS. (Abrazándolo).—¡Sí; has resucitado para mí! Dos veces te he dado á luz. Dos veces he sentido por tí dolores de parto. Ya pasó... á los dos los poseo, y hoy vuelve vuestro querido padre. (Un fraile aparece á la puerta.)

GUILLERMO.—¡Mira, madre, mira!... ahí está un fraile que viene, sin duda, á pedir una limosna.

EDUVIGIS.—Hazlo entrar para que le demos algo, y así sabrá que ha venido á una casa llena de alegría. (Entra y vuelve en seguida con una copa.)

GUILLERMO. (Al fraile).—¡Venid, buen fraile! Mi madre quiere daros un trago.

GUALTERIO.—Venid y descansad, y saldréis de aquí más animado.

EL FRAILE. (Asustado, y con las facciones descompuestas.)—¿En dónde estoy? Decidme, ¿qué país es éste?

GUALTERIO.—¿Os habéis extraviado y lo ignoráis? Estáis, señor, en Burglen, en el país de Uri, á la entrada de Schenthal.

EL FRAILE. (A Eduvigis, que vuelve.)—¿Estáis sola? ¿Está en casa vuestro esposo?

EDUVIGIS.—Lo estoy esperando de un momento á otro... Pero ¿qué tenéis? Parecéis ave de mal agüero... Pero quien quiera que seáis, os halláis en la necesidad. ¡Tomad! (Presentale la copa.)

EL FRAILE.—Aunque mi corazón esté sediento y pida algo que lo refresque, no tocaré á nada hasta que me digáis...

EDUVIGIS.—No rocéis mi vestido, ni os acerquéis; quedaos á cierta distancia, si deseáis que os escuche.

EL FRAILE.—Por este fuego que brilla aquí hospitalario; por vuestros hijos queridos, que abrazo... (Se apodera de los niños.)

EDUVIGIS.—¿Qué os proponéis, santo varón? Dejad á mis hijos... ¡No sois fraile, no lo sois! De paz es vuestro hábito, no vuestra fisonomía.

EL FRAILE.—Soy el más infeliz de los hombres.

EDUVIGIS.—La desdicha habla con elocuencia á los corazones; pero vuestras miradas hielan el mío.

GUALTERIO. (Saltando.) ¡Madre, ahí está padre! (Vase corriendo.)

EDUVIGIS.—¡Oh, Dios mío! (Quiere irse, pero vacila y se detiene.)

GUILLERMO (EL HIJO). (Corriendo.)—¡Padre!

GUALTERIO. (Fuera.)—¡Ya de vuelta!

GUILLERMO. (Fuera.)—¡Padre, querido padre!

TELL. (Fuera.)—Otra vez estoy aquí... ¿Y vuestra madre? (Entran.)

GUALTERIO.—Está en la puerta y no se atreve á adelantarse, porque la suspenden el miedo y la alegría.

TELL.—¡Oh, Eduvigis, Eduvigis! ¡Madre de mis hijos; Dios nos ha ayudado... ningún tirano nos separa ya.

EDUVIGIS. (Abrazándolo.)—¡Oh, Tell, Tell! ¡Cuánto he sufrido por ti! (El Fraile observa con atención.)

TELL.—¡Olvídalo ahora, y abandónate sólo á la alegría! ¡Aquí estoy de nuevo! ¡He aquí mi choza! Véome otra vez, entre los míos.

GUILLERMO.—¿En dónde está tu ballesta, padre? No la veo.

TELL.—Ni la verás más. Está guardada en un lugar sagrado. En lo sucesivo no servirá más para la caza.

EDUVIGIS.—¡Oh, Tell, Tell! (Retrocede, y suelta su mano.)

TELL.—¿Qué te asusta, querida esposa?

EDUVIGIS.—¿Cómo... cómo te vuelvo á ver!... ¡Esta mano!... ¿Osaré estrecharla?... esta mano... ¡Dios mío!

TELL.—(Con ternura y resolución.) Ha defendido á vosotros, y salvado la patria. Puedo levantarla al cielo libremente. (El Fraile hace un ligero movimiento, y Tell lo observa.) ¿Qué hace aquí este hermano?

EDUVIGIS.—¡Ah! Lo había olvidado. Habla tú con él, que á mí me espanta.

EL FRAILE.—¿Sois acaso Tell, el que mató al Gobernador?

TELL.—Yo soy, y no lo ocultaré á la faz de nadie.

EL FRAILE.—¿Sois Tell? ¡Ah! La mano de Dios me ha guiado aquí.

TELL. (Mirándole atentamente.) No sois fraile. ¿Quién sois?

EL FRAILE.—Matasteis al Gobernador por su crueldad... yo también he dado muerte á un enemigo, que rehusaba hacerme justicia... era vuestro enemigo, como el mío... Me librado de él al país.

TELL. (Retrocediendo.) Sois... ¡Horror!... ¡Hijos, hijos,

entrad!... ¡Véte, querida esposa!... ¡Véte, véte!... ¡Desdichado!... Sois...

EDUVIGIS.—¡Dios mío! ¿Quién es?

TELL.—No lo preguntes. ¡Fuera, fuera! Que no lo oigan los niños. Sal de mi casa... lejos, lejos... No puedes quedar bajo el mismo techo que este hombre.

EDUVIGIS.—¡Ay de mí! ¿Qué es esto? ¡Venid! (Vase con sus hijos.)

TELL. (Al fraile.) Sois el Duque de Austria... ¡Lo sois! Habéis matado al Emperador, vuestro tío y vuestro señor.

JUAN EL PARRICIDA.—Me había robado mi patrimonio.

TELL.—¡Matado á vuestro Emperador y vuestro tío! ¿Y no os traga la tierra? ¿Y el sol no os abrasa?

EL PARRICIDA.—Oyeme antes, Tell...

TELL.—Y lleno todavía de sangre de tu pariente y de tu soberano, ¿te atreves á penetrar en mi puro hogar? ¿Osas mostrar tu rostro á un hombre honrado, y pedirle hospitalidad?

EL PARRICIDA.—Esperaba encontrar en vos compasión, porque os habéis vengado también de vuestro enemigo.

TELL.—¡Desventurado! ¿Puedes equiparar el crimen sanguinario de la ambición con la justa defensa de un padre? ¿Tenías que amparar á hijos queridos, al santuario del hogar? ¿Librar á los tuyos de la más horrible, de la última calamidad?... Yo levanto al cielo mis manos puras, y te maldigo, y á tu acción... Yo he vengado los venerandos fueros de la naturaleza, y tú los has profanado... Nada hay común entre los dos... tú eres un asesino, yo el defensor de lo más santo.

EL PARRICIDA.—¿Me rechazáis, pues, desesperado y sin consuelo?

TELL.—Me horroriza sólo hablar contigo... ¡Véte! ¡Prosigue lleno de espanto tu camino! Deja inmaculada la choza, mansión de la inocencia.

EL PARRICIDA. (Que se vuelve para salir.) Ni puedo ni quiero ya vivir.

TELL.—Y, sin embargo, te compadezco... ¡Dios del cielo! Tan joven, de tan clara estirpe, nieto de Rudolfo, mi Soberano y Emperador, fugitivo criminal, aquí, en el umbral de mi puerta... suplicante y desesperado. (Tápase el rostro con las manos.)

EL PARRICIDA.—¡Oh! Si podéis llorar, lastimaos de mi desdicha, porque es grande... Soy un príncipe... era... y pude ser feliz, refrenando la impaciencia de mis deseos. La envidia devoró mi corazón... He visto á mi joven primo Leopoldo, premiado con bienes y honores, mientras que á mí, de su misma edad, se me tenía en servil tutela...

TELL.—Bien, infortunado, te conocía tu tío, cuando te rehusaba tierras y vasallos; y tú mismo, con tu locura feroz, has justificado horriblemente su sabia resolución... ¿En dónde se hallan los sanguinarios cómplices de tu delito?

EL PARRICIDA.—En donde los han arrastrado las furias vengadoras. No los he visto más desde nuestro malhadado crimen.

TELL.—¿Sabes tú que la proscripción te persigue, que ningún amigo puede favorecerte, y que todos han de tratarte como á enemigo?

EL PARRICIDA.—Por eso evito los caminos frecuentados, y no me atrevo á llamar á puerta alguna... Mis pasos se dirigen á lugares desiertos; acompáñanme mis temores por las montañas, y huyo de mí mismo, temblando, cuando la fuente traza mi propia imagen. ¡Oh! ¡Si tenéis alguna lástima y humanos sentimientos!... (Prostérnase ante él.)

TELL. (Volviéndose.)—¡Levantaos, levantaos!

EL PARRICIDA.—No, hasta que me hayáis tendido una mano caritativa...

TELL.—Pero ¿puedo socorreros? ¿Puede hacerlo un po-

bre pecador? Levantaos, sin embargo... Por horrendo que haya sido vuestro crimen... al fin sois hombre... como yo. Nadie acudirá á Tell sin recibir consuelo... Haré lo que pueda...

EL PARRICIDA. (Levantándose y estrechando su mano con efusión) — ¡Oh, Tell! ¡Libráis mi alma de la desesperación!

TELL. — ¡Soltad mi mano... alejaos! Aquí no podéis quedar sin ser descubierto, y si lo sois, no contéis con mi protección... ¿A dónde os proponéis ir? ¿En dónde esperaréis encontrar tranquilidad?

EL PARRICIDA. — ¿Lo sé yo? ¡Ay de mí!

TELL. — Escuchad lo que Dios me sugiere. Debéis ir á Italia, á la ciudad de San Pedro: echaos allí á los pies del Papa, confesad vuestra culpa y salvad vuestra alma.

EL PARRICIDA. — ¿Y no me entregará á mis perseguidores?

TELL. — Haga lo que quiera, miradlo como la obra de Dios.

EL PARRICIDA. — ¿Y cómo he de llegar yo hasta esa tierra desconocida? No sé el camino, y no me atrevo á agregar-me á viajero alguno.

TELL. — Yo os indicaré la ruta. Fijaos bien en ella. Subiréis el Reuss, río arriba, al precipitarse impetuosamente desde la montaña...

EL PARRICIDA. (Asustado.) — ¿Que vea yo de nuevo al Reuss? Cometí junto á él mi delito.

TELL. — El camino sigue al borde del abismo, y hay en él muchas cruces, erigidas en memoria de los viajeros sepultados bajo las avalanchas.

EL PARRICIDA. — Los horrores de la naturaleza no me asustarían, si yo pudiera refrenar los tormentos insufribles de mi conciencia.

TELL. — Hincaos de rodillas ante cada cruz, y llorad vuestra culpa con lágrimas de arrepentimiento... y, si

atravesáis con felicidad ese sendero espantoso; si la montaña no descarga sobre vuestra cabeza sus remolinos de viento, desde su helada cima, llegaréis al puente, que está lleno de polvo. Si no se rompe bajo el peso de vuestro crimen, si lo atravesáis sin obstáculo, alcanzaréis una entrada oscura entre los peñascos... La luz del día no la ha alumbrado nunca... penetrad en ella, y os llevará á un tranquilo y risueño valle... Pero caminad entonces con paso rápido; no habéis de deteneros en donde la paz mora.

EL PARRICIDA. — ¡Oh Rudolfo, Rudolfo! ¡Oh abuelo mío coronado! ¿Así ha de atravesar tu nieto el suelo de tu imperio?

TELL. — Después, siempre subiendo, alcanzaréis las alturas de San Gotardo, en donde hay dos lagos eternos, que se llenan con las aguas del cielo. Allí estáis ya fuera del territorio alemán, y el curso pacífico de un río os dirigirá á Italia, término de vuestro viaje. (Óyese el ranz de las vacas, y el sonido de muchas trompas.) ¡Viene gente! ¡Partid!

EDUVIGIS. (Corriendo.) — ¿En dónde estás, Tell? ¡Mi padre viene! Todos los conjurados, en alegre cortejo, le acompañan.

EL PARRICIDA. (Tapándose el rostro.) — ¡Ay de mí! ¡No puedo detenerme con los felices!

TELL. — Véte, querida esposa. Da algo á este hermano, para animarlo; cárgalo de provisiones, porque su camino es largo, y no encontrará albergue. ¡Apresúrate, que se acercan!

EDUVIGIS. — ¿Quién es?

TELL. — No lo preguntes. Cuando salga, vuelve tu rostro, para que no veas cuál es la ruta que sigue. (El Parricida se acerca á Tell conmovido; éste le hace una señal con la mano, y se va. Cuando ambos han salido, en dirección opuesta, cambia la escena, y se ve en la

ESCENA ÚLTIMA,

Todo el fondo del valle, delante de la casa de Tell; cerca, las alturas, que la rodean, llenas de suizos, que se agrupan de un modo pintoresco; otros vienen por las cumbres, por el camino que lleva á Schachen. Furst se adelanta con los dos niños, Melchthal, Stauffacher y otros. Al presentarse Tell, todos lo saludan con aclamaciones de júbilo.)

Todos. — ¡Viva Tell! ¡Viva el cazador, nuestro libertador! (Mientras que los primeros se aproximan á Tell, y lo abrazan, aparecen Rudenz y Berta, y aquél saluda á los campesinos, y ésta á Eduvigis. La música campestre acompaña esta escena muda. En seguida, al finalizar, Berta se adelanta en medio de todos.)

BERTA. — ¡Compatricios y confederados! Admitid en vuestra alianza á la primera mujer feliz que ha encontrado amparo en la tierra de la libertad. En vuestras manos esforzadas pongo yo mis derechos: ¿queréis protegerme como á vuestra conciudadana?

LOS CAMPESINOS. — Lo haremos así á costa de nuestros bienes y de nuestra vida.

BERTA. — ¡Bien! Yo, la suiza libre, doy mi mano á este joven, también hombre libre.

RUDENZ. — Y yo declaro libres á todos mis siervos.

(La música comienza de nuevo. Cae el telón.)

FIN DE GUILLERMO TELL.

MARÍA ESTUARDO